

5to Domingo de Cuaresma. 3/20/2021

Yo soy la resurrección y la vida.

Mi abuelito murió cuando yo tenía nueve años. Éste es el primer recuerdo que tengo de la muerte de una persona.

Murió en su cama, después de una enfermedad de varios años. Yo vi cuando lo sacaron de la casa en una camilla, y tuve el deseo y la fantasía de verlo levantarse y vivir.

Cómo entendemos la muerte? Qué significa? Cómo han sido nuestras experiencias? Experimentamos la muerte como una separación absoluta, como una pérdida definitiva, como un punto final que no se puede negociar.

A veces tenemos y aun creamos esa experiencia de separación y de pérdida sin la muerte física. Se oye decir “ése esta muerto para mí”, “ésa esta muerta para mí”. O

en la experiencia de depresión o encadenados por un vicio podemos sentirnos sin esperanza y sin futuro, como muertos.

Es ese sentido figurado el que usa inicialmente la visión del libro del profeta Ezequiel, en nuestra primera lectura. El pueblo de Israel en el exilio está aprisionado, no tiene futuro ni esperanza, está como muerto. El profeta usa la imagen de un valle desolado lleno de huesos secos. Nada se mueve y la alegría de otros tiempos ha desaparecido.

Pero Dios nos creó para la vida, no para la muerte.

El profeta nos presenta una imagen asombrosa.

Respondiendo a la voz de Dios, los huesos secos esparcidos por el valle comienzan a ensamblarse de nuevo y a cubrirse de carne. Luego Dios infunde su Espíritu sobre

ellos, como lo hizo en el principio de la creación, para que vuelvan a la vida. Así restaurados, todos regresan a su tierra, a su hogar. Este sentido de la visión se cumple cuando regresa el pueblo de Israel a Jerusalén después de 70 años de cautiverio en Babilonia.

Pero la visión de Ezequiel es también figura de un futuro en el que veremos la muerte finalmente vencida por la vida. Y esto lo realiza Jesucristo con su encarnación, muerte y resurrección.

En el episodio de Lázaro comprobamos que Jesucristo es señor de la vida y de la muerte. Pero no es un señor lejano, sino alguien que entra completamente en nuestra realidad y en nuestros sufrimientos. Se une al grupo de los que consuelan a las hermanas del difunto, y llora con ellas.

Y luego nos da una señal de que con su venida la muerte ya no tiene la última palabra.

Jesús gritó con voz potente, “Lázaro, sal de allí!” Y el muerto escuchó su voz, y volvió a la vida, y salió del sepulcro, ante el gozo de sus hermanas y el asombro de todos. Poco tiempo después Jesús mismo probará la muerte, para compartir también esa experiencia con nosotros. Y después resucitará para abrirnos las puertas de la vida eterna.

Esa vida eterna ya comienza para nosotros aquí y ahora, conforme nos acercamos a Cristo y nos unimos a él, que es la resurrección y la vida.

Si hay algún pecado, algún vicio o mal hábito que nos ata y nos tiene prisioneros, Jesús no deja de hablarnos, como a

Lazaro: Sal de allí y ven a la vida. Y sus palabras tienen el poder de transformar la oscuridad y traernos a la luz.

En esa luz somos también nosotros agentes de la vida divina que recibimos en el bautismo, rechazando la discordia, la separación y la destrucción de la muerte.

Buscando el perdón y la reconciliación en las relaciones, y sanando las heridas. Acompañando al que lo necesita, defendiendo la dignidad de la persona, trabajando por la justicia. Y todo lo hacemos unidos a Cristo porque separados de él no podemos hacer nada.

Ya está cerca la gran fiesta de la Pascua, por la que Cristo venció la muerte. Hoy en esta misa, demos gracias a Dios por la vida eterna, y pidámosle su gracia para vivir siempre unidos a él y dar testimonio de vida nueva.